

Editorial	La Prosa que no Cesa
La Palabra	Sitios en la Red
L@s Novísim@s	Noticias Culturales
Reinventando clásicos	Equipo Editor
Literatura por la Paz	Puntos de Vista
Espacio Abierto	Monogramas
La Voz de los Poetas	Participan en este nº

Contactar

Suscripción

Números Anteriores ver

LA PALABRA

Carlos de Tomás Abad

Carlos de Tomás Abad, 1960, Navalmoral de la Mata, Cáceres, España.

Vive en Salamanca, España.

Escritor (Poesía y Narrativa).

Cursa estudios en la Facultad de Derecho de Salamanca desde 1977 a 1981. Es Máster en Dirección Económico-Financiera de Empresas en 1991. Consultor de empresas y empresario (1987-2002). En la actualidad reside en Salamanca y casi todo su tiempo lo ocupa el oficio de escritor.

Blog-ficción por entregas:
eluniversodeotto.wordpress.com/

Artículos de cultura y libros:
suite101.net/writer_articles.cfm/carlosdetomas

Perfil en facebook: [facebook.com/Carlos de Tomás](https://www.facebook.com/CarlosdeTomás)

Bibliografía:

Poética:

Atardecer. Varona, Salamanca-1979 (ilustrado por J.L.de Pedro).
Revista *Atril*. Salamanca (1979-1980).
Antología Novísimos Extremeños. Ed. HOY, Badajoz-1980.

CURRICULUM VITAE



Carlos de Tomás Abad

Repetición de la Palabra (Anticuario). Ed. Europa, Salamanca-1983.

Varias inserciones de versos en revistas y periódicos.

Epítome para la sinfonía. Salamanca-1986.

Poemas del destierro. Salamanca-1996.

En la soledad del escriba. Salamanca (2002-2005).

Poemas de la Habana. La Habana (Cuba) 2005, Salamanca-2006.

En la soledad del escriba (Antología 1986-2006). Ed.pasionporloslibros, Valencia-2010.

Viaje Astral. Ed.pasionporloslibros, Valencia-2011.

Narrativa de Ficción:

Relatos de la ciudad gris. Salamanca-2009 (Colección de relatos de corte negro).

El cuaderno veintiuno. Chiado Editorial, Lisboa-2010 (Novela).

Café Bramante. Salamanca, 2010 (Novela).

Paisajes de Ceniza. Salamanca, 2011(Novela corta).

El hombre que leía a Dumas. Ediciones Rubeo, Barcelona-2011 (Finalista en el I Certamen Internacional de Relatos organizado por la propia editorial. Título del relato: *Agostinho Vieira*).

La ciudad gris y otros relatos. Chiado Editorial, Lisboa-2011 (Relatos y novela corta).

Pertenece al Directorio REMES:

redescriptoresespa.com

carlosdetomas.es/

c.det.abad@gmail.com

Matar al presidente

¿Quién mató a Colosimo?, fue la pregunta que se hizo cuando estaba sentado frente al hombre del traje gris, refiriéndose a la incertidumbre que soportará la sociedad cuando en el correr de los años nadie sepa ni pueda averiguar quién mató al presidente. Además, también pensó que un trabajo tan importante y prestigioso sería una pena que quedara en el anonimato; pero así eran los asuntos de los que conocía.

Las palabras del hombre del traje gris resuenan una y otra vez en su testera mientras intenta sin demasiado éxito extraer un clavo herrumbroso de un viejo arcón, dispuesto - el mueble - a ser restaurado por manos tan expertas y delicadas. Manos, que lo mismo dominan un cúter o unas diminutas pinzas, que un arma de gran calibre. Manos, con el pulso de acero que no tiemblan cuando mueve un fino pincel, tampoco lo hacen cuando encañonan a su víctima. Y qué decir de la mirada, aviesa e intranquila, con los ojos hundidos en sus cuevas, pequeños y algo rasgados parecidos a los de un halcón. Esos ojos también provocan desasosiego en el que los contempla. El rostro se le ha ido curtiendo con los años a base de esquivar remordimientos, por esa razón la frente se ha tersado, al contrario que el resto de la cara plegada como mar

de dunas.

Su actual cliente, con el que departe negociación inconclusa, se reúne con el sujeto de la mirada afilada las más de las veces en un viejo Café de la calle Soria. Negociación a plazos. Los envites prolongados no los había vivido nunca. Un cliente que intenta convencerlo para realizar el trabajo y le anuncia que la suma a obtener por honorarios profesionales alcanzará los siete dígitos. La víctima lo merece, el riesgo y la importancia del personaje bien pueden acompañar una cifra de ese calado, aunque lo que desea Martín la Roca es: convencerse para dar el paso final.

-Es por higiene Martín. Por higiene necesaria. Deseamos a otro hombre, un líder que solucionará los problemas que nos acucian, alguien que insuflará nuevas ilusiones. Y no queda tiempo, no queda tiempo...

El clavo puede ser extraído de manera brusca. Cualquiera, sin la paciencia necesaria y sin los conocimientos adecuados, introduciría una gubia por la parte contraria, por donde apunta la herrumbre, y daría un buen martillazo para que saliera casi del golpe. Después sería fácil arrancarlo, tal vez con los dedos como único instrumento. Pero Martín la Roca es un artista, la idea que tiene de la perfección le obliga a no dañar innecesariamente la madera. Se llama, como todos saben: daño colateral. Intentará por todos los medios no provocar daños colaterales. Ese grado de escrúpulo, adquirido después de tantos años de profesión, le lleva a situaciones extrañas, pero en el arte de eliminar a otros evitar ese tipo de daños siempre le aportó buenas consecuencias, físicas y morales. Al principio, cuando era novísimo en el arte, cuando no había pasado de neófito en el escalafón, tuvo una experiencia que le serviría de escarmiento toda la vida. Fue en el caso de la mujer del pastor. Uno de sus primeros asuntos antes de correr mundo. Tal vez la inexperiencia, la precipitación, a pesar de que Martín fue siempre equilibrado y lo sopesaba todo. Aquel hombre de olor a sebo lo tenía claro; a Martín le daba igual, solamente le interesaba el dinero. Con aquel asunto compró su primer vehículo, un Renault 5 que le permitió desplazarse a la sierra los domingos sin ser esclavo de los horarios del tren. A la mujer había que matarla mientras el pastor estaba en la feria de Zafra, donde era suficientemente conocido. Martín entró en aquella nave solitaria, en mitad de la finca, alejada del caserío principal. La voz de la mujer resonaba a cántara vacía "¡Linda! ... ¡Tronco!"; pero los perros descansaban, cargados de plomo en la cuneta del camino, cerca de la nave. La mujer salió fuera, solo se escuchaba el tintineo ronco de algún campano, la agitación espaciada de algún cencerro chico. Miraba hacia todos los lados, indagando con la vista. Parecía sorprendida y volvió a entrar. Escuchó ladrar a los perros mientras la faena no le permitía levantar la cabeza, pero entonces imaginó que acaso se marcharon corriendo tras algo. Ella volvió a su tarea. Mientras barría el suelo, con una escoba gastada, el rozar de las fibras en el sucio cemento y el canturrear de la mujer se apoderaron del aire. La mató por la espalda. Entonces, aquel universo quedó mudo. También callaron las bestias.

Martín contemplaba impávido a su víctima cuando de pronto escuchó la rodadura y el motor de un vehículo. Se aproximaba un furgón por el camino. No se puso nervioso y tiró a esconderse. La frenada en la grava. Pasos rápidos sobre la almendrilla. Sonidos que le indicaban la proximidad de un hombre solo, pero desde su posición no podía ver el vehículo. Tal vez haya más gente, pensó, mientras notaba su propia celeridad cardiaca. El sujeto, en la gran puerta gritaba el nombre de la mujer, seguramente vio los perros muertos, el sujeto estaba nerviosísimo. Descubrió el cadáver, lo tocó, y notando que estaba recién muerta se puso a gritar como un poseso y se giró varias veces con los ojos saltones, intentando ver algo que le ofreciera una explicación. Se derrumbó, echándose las manos a la cabeza arrodillaba su cuerpo junto a la mujer. Martín, desde su posición de ventaja, tras un remolque cargado de alfalfa, le tenía encañonado y disparó sin miramiento. Se fue de allí a la carrera, a buscar la escondida bicicleta que le acercó a aquel lugar campo a través.

- Martín, pareces distraído. ¿Quieres otro café? ¿No? ... Tienes que darme

una respuesta ya. Necesito una respuesta antes del jueves. El dinero está preparado, tienes que hacerlo el viernes. Es el mejor momento, en eso hemos coincidido plenamente. Está claro que si no lo haces el viernes no habrá otra oportunidad tan clara hasta sabe Dios cuando.

Por fin, la cabeza del clavo herrumbroso se desincrusta con ligereza lo que ofrece una oportunidad a la perfección. Una pequeña y especial tenaza sostiene sin dañar el clavo. Martín la Roca comienza a ejercer una fuerza precisa de extracción, pero la cosa está dura de pelar. Lo sigue intentando, introduce una finísima sonda por la cara opuesta de la madera, llega a tocar la punta del anciano hierro e inyecta microgramos de una grasa parecida a la vaselina pero cien por cien hidrosoluble e inocua para la madera y el hierro. Dejará que la acción surta efecto tomándose un respiro. Se quita las lentes, aparta el brazo de la lupa y se levanta del sillón como un maduro cirujano cansado de la intervención que está llevando a cabo. Complicaciones. Pasea por la estancia y piensa en el trabajo de eliminación que aún no ha aceptado. Está orgulloso, contento, pero ni un rictus de esa bonanza en el rostro. Martín es impasible, forjado de esas trazas con los años. Aunque una cierta alegría interior le socava el semblante y ofrece para nadie una tacaña sonrisa; “si han pensado en mi para tan magna tarea es que soy el mejor, lo sabía, no cabe duda”.

Había adquirido tal perfección con los años, tal profesionalidad, además de los logros personales conseguidos, que el trabajo al que podía enfrentarse sería el culmen de su carrera. Pero aún no sabe si aceptará. En primer lugar, no le agrada llegar a ningún culmen, le parece como si eso le vaya a dejar apartado definitivamente de su profesión. ¿A quién eliminará después? ¿Qué aliciente obtendrá después de haberse cargado al presidente? Y es que con los años, a Martín le gusta su profesión, disfruta con el trabajo, con el trabajo bien hecho. Y claro, lo de retirarse a los cincuenta y seis no le parece buena idea, aunque también sopesa que una vez jubilado podrá dedicarse a eliminar por placer, sin encargo previo, eligiendo él las víctimas por uno u otro motivo, o al azar, o intentando hacer el bien a alguien sin que lo sepa, o a un colectivo, o por mera confluencia estética. Lo de hacer el bien a alguien sin que lo sepa le atrae bastante, y piensa que más tarde podrá volver a calibrar esa opción en el supuesto de que acepte el trabajo y se retire, entre comillas. Lo de matar por placer, se dice que ni hablar que no es un enfermo, eso lo deja para “los en serie”.

- Nada puede salir mal, tienes en tu poder los horarios a la milésima, el itinerario no se modificará. Y si a última hora hubiera cualquier cambio, cualquier contratiempo, la más mínima alteración... Sabes que tendrás la información de inmediato. Estableceremos una línea segura y limpia. Dime por favor que me ponga a trabajar sobre el asunto, dímelo Martín, lo estoy deseando, muchas personas dependen de la decisión que adoptes. Todavía me pregunto por qué lo piensas tanto. Es el asunto más importante de tu vida, y te permitirá retirarte, aunque tengo conocimiento de que andas desahogado, pero ahora podrás conseguir otras cosas con las que, seguro, habrás soñado. Dime algo Martín...

Lo peor del caso de la mujer del pastor fue que se había cargado al amante, joder, el amante. Casi todos sabían que eran amantes y eso le acarreó no pocos problemas al pastor. Pero, el entonces joven Martín, cobró sus honorarios y se dispuso de su tierra sin dejar rastro. Recuerda con nostalgia las palabras de su primer maestro: “Martín, tienes que estar seguro, se que tienes madera, pero tienes que estar seguro. Tienes que ser de hielo, discreto y una sombra cuando trabajes en esto”. Aquel hombre no podía enseñarle más. A continuación llegaron los años de autodidacta para seguir perfeccionando la profesión mientras trabajaba de administrativo en una fábrica de dulces. Un mercenario que soñaba con historias de samuráis.

Se pregunta una y otra vez para qué quiere hacer un trabajo tan importante, el que más, si ni siquiera colegas de su profesión llegarán a tener la mera sospecha de quién pudo hacerlo. Además, especulando, pueden llegar a pensar que lo hizo otro, un cualquiera al que consideran capacitado, otro al

que creen que le alumbra la suerte, o acaso un desconocido que no pensó en las consecuencias para un novato dejado llevar por la ambición o por el ansia de medrar. No está del todo convencido de hacerlo por mera satisfacción personal, y por la pasta tampoco, tiene acumulada una pequeña fortuna que le permitirá vivir con desahogo sin tener que trabajar.

- Te juro Martín que nadie más sabe de nuestros encuentros a excepción de la persona que nos presentó. Y sigo siempre, como bien sabes, tus instrucciones y rutina antes de cada reunión. Le voy tomando afecto a este bar.

El clavo está prácticamente fuera de la madera... por fin. Está satisfecho y lo deposita con cuidado en la mesa de trabajo. Unas finísimas limaduras de óxido, minúsculas virutas caen simultáneamente sobre la gutapercha. A Martín no le gustó nada el comentario que hizo su cliente sobre el bar de la calle Soria, él no toma afecto a nada que esté relacionado con el trabajo, ese hombre encopetado y temblón le empieza a caer mal, tampoco gustó de oír los motivos, al liquidador no hay que darle argumentos. Ya tiene decidido el acto que culminará este asunto, la acción de respuesta que está esperando el hombre engolado.

Entra en el bar de la calle Soria con las manos en los bolsillos del pantalón, lo que remanga de manera elegante el trescuartos de napa ligera. Gafas de sol no muy oscuras le permiten visualizar el fondo del local. Allí está sentado y fumando el hombre del traje gris. Por única compañía el hijo del dueño del bar dando brillo a unos vasos con el paño haciendo péndulo. Martín, desde la puerta hace una mueca y el hombre del traje gris sale de inmediato. Comienzan a dar pasos sin mediar palabra. Las casas son bajas, de una o dos plantas, los habitantes del lugar cotillean sin ser vistos, pero son tumbas si de hablar se trata. El sujeto que sigue a Martín se está poniendo más nervioso, comienza a preguntar sin dar tregua. Martín calla. Continúan andando hasta divisar un descampado delante de una escombrera. El sujeto se planta, no desea continuar, hace intención de dar media vuelta. Martín le disuade. Divisan una diminuta iglesia blanca y solitaria en un lugar que para casi nadie existe, una cañada a las afueras del barrio. El día es luminoso, espléndidamente luminoso.

Martín no se manchará las manos, ese no es su cometido, no tiene necesidad. De detrás del muro opuesto del pequeño templo salen dos individuos que no dan tiempo a reaccionar, uno sujeta por la espalda al hombre del traje gris, después de un somero forcejeo el otro lo apuñala en el plexo solar ahogándole el grito. Martín paga y se marcha por donde ha venido con las manos en los bolsillos y el trescuartos remangado. Se escucha como arrastran el cuerpo hacia la escombrera. Martín la Roca dilucida el uso que dará al mueble que restaura. "Espléndido día".

(De "Nigrorelatos egregios")

El jardín de las pавanas

En aquellos recovecos serpentinos
-que tiene el alma-,
sedimentan despacio los arrepentimientos,
o los no arrepentimientos.
Pero no cabe la duda pensar
que después de ver tanto y tantos sentires,
los remordimientos quedan presos
de aquellas circunvoluciones,
de aquellas curvas donde el agua limpiadora
no friega con suficiencia las revueltas.

Y allí van quedando pesares y otras leches,

escondidos de las neuronas que los buscan
cuando intentas aparecerlos.
Ese es el olvido,
los necesarios escondites del alma.
Aunque a veces, por necesidad o azar
estiramos la serpentina
y las manchas quedan libres de envolturas.
Oh! Ciénaga donde sumergir de una vez
la mierda escondida, temeroso de que salga
y mi locura se acreciente
sobre los bardales espesos.
Locura, sí ¡Locura!
Cuando no estoy tumbado
en el jardín de las pавanas, esas músicas
tan lentas y severas que adormecen
y convierten la siesta de final de primavera
en pavana, sí: pa-va-na.

Y al levantar de la pavana,
como nuevo respiro, aire fresco de tormenta,
y olor de tierra sin tormenta,
y viento ratero y traicionero pero limpio,
más tarde la guerra del agua
descerrajando los toneles grises
y a goterones rompiéndonos la mierda,
mierda seca en el cerebro.
¡Sean dos whiskys!
Uno para mí -por supuesto-
el otro para el que inventó la pavana.
Y luego la ebriedad. Pomada que solventa
la mugre que aún quedó después de la refriega
con rayos y centellas. Ebrio y mojado,
lluvia casi veraniega que empapa el alma
-y sin enterarnos del beneficio de la limpieza-.

Después el sueño de pesadillas lubricado.
Y más tarde aún la resaca,
la voz de alarma que invita a la rueda-rueda.
No quiero recovecos serpentinos,
quiero el alma plana como la mar tamborera,
como vientre de burro empancinado.
-Tal vez sea timpanizado,
Pero me sabe a oreja-.
No quiero recovecos donde aguarden asesinos,
callejones a media luz donde se fragüe
la guerra de guerrillas que son los ataques
de esta apoplejía incómoda y maldita.

En el jardín de las pавanas
espero charcos esta tarde,
pero antes dormir la siesta,
la pavana iluminada,
-que todavía no busca la sombra el perro-.
¿Charcos? Maldita sea,
si quedan charcos después de la tormenta
es que no drena el alma,
es que aún mierdean las serpientes,
las curvas de la locura.
Pasadme una bayeta, una pequeña ayuda
como florilegio de pasamanería,
una pequeña ayuda como apostura lúdica.
¡Juguemos al criquet!
En el jardín pondrás tartas y pasteles,
café o té, licores y olorosos.
En el jardín espero el goce

prolongado después de la pavana.
¡Risas! ¡Muchas risas!
La buena compañía me ayuda
a trasegar más whisky.
Son felices. Me ayuda a ser moderadamente feliz.
¡Se han olvidado de la crisis, de la guerra,
del hambre de los otros, de los terremotos,
del plutonio, de los tornados,
del “esto no me puede estar ocurriendo”
cuando se le va la vida o la del vecino
o la de la vecina o la de la amada
o la de la suegra... o se le va la plata
volando hacia la nada.
¡Buen masaje de cerebro me estáis dando!
Echan a volar las amapolas,
echan a volar los serpentines.

Dejadme a solas un minuto,
dejadme sosegado en la hamaca
con el vaso entre los dedos, mirando
solamente la verdura alta y espesa
de los pinsapos, que me abrazan.
He de reconocer que solamente
después de una buena pavana
las ideas se aclaran y conoces más
sobre la verdad que nos inquieta,
aunque nunca sabremos gran cosa
ya lo ocultan otros sagacísimos
prebostes de la chancapura.

(Del libro inédito “Dementia immaculata”)

OTROS TEXTOS DE ESTA SECCIÓN

Carlos de Tomás Abad

Matar al presidente
El jardín de las pавanas

Gabriel Alejo Jacovkis Polak

Cuatro poemas

Jorge Dávila Vázquez

Refranero imprudente

Juan Campos González

Telemarketing
Telemarketing 2
La ventana feliz

María Elena Hayquel

Entierro
Embrujo
Valió la pena

Noé Machado Matheus

Adiós

Me duele tu dolor

Copyright © 2004-2006. Todos los derechos reservados

Nuestra publicación confía de buena fe, en la autenticidad autora de los textos literarios o cualquier material que aquí aparece, pero no se responsabiliza de su veracidad